

dados los apóstoles en el día de Pentecostes, y por medio de esta espiritual inundación lavados y purificados de las menores manchas, ilustrados y abrasados por aquel torrente de fuego divino, y dotados de todos los dones celestiales. Este Espíritu consolador descenderá sobre vosotros como un río de fuego y de luz que os inundará en alguna manera; quedaréis como sumergidos en este torrente, en estas aguas vivas, de la gracia, en este fuego vivificante. El agua en el bautismo de S. Juan significa la gracia, sin que la obre; pero en el bautismo de Jesucristo la significa y la obra; para el bautismo del Espíritu Santo es menester un símbolo mas perfecto. Es este un bautismo de fuego que obra la gracia de una manera tanto mas abundante, cuanto que el fuego tiene mas virtud para purificar, para ilustrar y para inflamar.

Todos los discípulos del Salvador, que eran en número de ciento y veinte, comprendieron bien, por todo lo que acababan de oír, que su divino Maestro estaba ya á punto de dejarles para volverse á su reino. Lo que el Salvador acababa de decir con respecto á la *promesa del Padre*, que él mismo les habia anunciado, trajo á la memoria de los apóstoles un nuevo reino, y el restablecimiento de la nación tantas veces reiterados por los profetas. Mas como todas sus ideas se limitaban á un reino temporal, semejante á los de aquí abajo, y no concebían otra cosa mas grande que el mandar y reinar sobre la tierra, fué tambien la única cosa que pidieron al Salvador para su nación, que tanto tiempo habia gemido bajo de un poder extranjero. Señor, le dijeron, ¿es ahora cuando debeis restablecer el pueblo de Israel en su primitivo esplendor, y ha llegado ya el tiempo de volverle á dar reyes, que vuelvan á sentarse en el trono los hijos de Abraham, herederos de David? Despues de haber triunfado tan gloriosamente de vuestros enemigos, ¿podriais dejar por mas tiempo á este pueblo en la servidumbre?

El Salvador les respondió con su ordinaria mansedumbre, escusando su grosería, porque no habiendo aun descendido sobre ellos el Espíritu Santo, tenían muy poca inteligencia para penetrar bien las cosas espirituales y divinas. Contentóse con insinuarles dos verdades importantes que no debían ignorar. La una era que el reino de Israel, de que hablaban los profetas, y que él habia venido á establecer, y en el cual queria darles los primeros cargos, no consistía en un poder soberano que hubiesen de tener los judios sobre los demás pueblos, sino en un imperio absoluto de Dios sobre ellos, y sobre todos los pueblos que llamaría á su Iglesia. En esta nueva Iglesia que acababa de suceder á la sinagoga, y que él llamaba su reino, era en donde

debía cumplirse todo lo que habia prometido en otro tiempo por sus profetas. En esta Iglesia era en donde debía reinar en efecto mas absoluta y mas universalmente que nunca, tanto sobre los entendimientos por la fe, como sobre los corazones por la caridad, hasta que en los últimos tiempos reuniese el pueblo judío y el pueblo cristiano bajo de la misma ley, en la misma Iglesia.

La otra verdad era que en este reino, todo espiritual, debían suceder grandes cosas que resplandecerían en lo sucesivo, pero que era inútil querer saber cuándo sucederían; que habia acontecimientos cuyo conocimiento se reservaba su Padre, esto es, que Dios no queria revelar á los hombres; y que eran secretos en que no les convenia el querer ingerir. Que si los habia elegido por un favor especial para que fuesen sus principales ministros, no lo habia hecho por su habilidad, ni en virtud de sus grandes talentos; que no exigía de ellos mas que una entera sumisión á su voluntad, y una obediencia perfecta. Que debían estar seguros que servían á un buen Señor, igualmente bueno y poderoso, que no les empeñaría en ningún empleo sin darles los medios y los talentos necesarios para cumplir dignamente con él; que como él ya sabia que ellos mismos no tenían mas que flaqueza, por eso les preparaba un grande auxilio; que dentro de pocos días descendería del cielo sobre ellos el Espíritu Santo, el cual les inspiraría un ánimo y un don de fortaleza y de sabiduría á que nada seria capaz de resistir. Adquiriréis entonces una perfecta inteligencia de las verdades sublimes y de los grandes misterios que tanto trabajo os costaba comprender; entonces se desvanecerán todos vuestros temores, y tendréis ánimo para predicar mi divinidad y mi Evangelio en medio de Jerusalem y en el templo. Vosotros le predicareis con intrepidez á presencia de mis mas mortales enemigos; en todos los pueblos de la Judea, en la Samaria, donde reinan tantos siglos hace la superstición y la impiedad, y no limitareis á esto solo vuestro zelo; con el tiempo llevareis mi nombre mas allá de los mares, é ireis á anunciar mi Evangelio hasta los últimos extremos del mundo: y si despues de vuestros días quedan todavía pueblos que instruir, vuestros sucesores, animados del mismo zelo y del mismo espíritu, continuarán vuestros trabajos, y llevarán las luces de este Evangelio hasta los climas mas remotos de la tierra.

Habiendo concluido el Salvador esta última conversacion, llevó á aquella bienaventurada grey fuera de la ciudad, á la parte de Bethania, y les hizo subir la montaña de los Olivos, distante cerca de dos mil pasos de Jerusalem. Habiendo llegado á lo alto de la montaña, levantó Jesus los ojos y las manos al cielo, des-

pues fijándolos en sus amados discípulos, que estaban todos reunidos en rededor de él, les bendijo; y en aquel momento, mientras que sus corazones ardian en un nuevo fuego divino, todos enternecidos hasta derramar lágrimas, fijos amorosamente en él sus ojos, le vieron todos elevarse poco á poco al cielo. Entonces redoblando con sus lágrimas sus votos, su ternura, sus trasportes de amor, le adoraron con el mas profundo respeto, y le siguieron con los ojos, sin dejarle de mirar hasta que le perdieron de vista, y una brillante nube que le envolvió le sustrajo á sus miradas. Era esta nube como un velo muy trasparente que no se le ocultaba enteramente de la vista; y sin embargo, era suficientemente espeso para impedir que el extraordinario resplandor de su cuerpo glorioso les deslumbrase. Veíanle subir poco á poco, hasta que por fin habiéndose recogido la nube bajo de sus pies, y ocultádole del todo, le perdieron de vista. Desapareció, pues, en un instante, mas aunque ya no le veían, continuaban fijos sus ojos en la nube sobre la cual era llevado, y que le servia de carro de triunfo. Hubieran permanecido así mucho tiempo arrebatados de la admiracion, y como estasiados, si dos ángeles vestidos de blanco, semejantes á los que se habian aparecido cerca del sepulcro al tiempo de su resurreccion en forma humana, no les hubiesen hecho volver en sí de un asombro tan profundo. Queriendo consolar estos enviados del Altísimo á aquellos discípulos del Salvador, afligidos por una separacion que tanto les costaba: Hombres de Galilea, les dijeron, ¿por qué permanecéis ahí con los ojos fijos en el cielo? Jesus, vuestro divino Maestro, á quien habeis tenido la dicha de poseer tanto tiempo visiblemente sobre la tierra, la ha dejado, por fin, para ir á tomar posesion de su reino en el cielo. No creais que por esto os deja; él estará siempre con vosotros hasta el fin de los siglos, como os lo ha prometido; aunque de una manera invisible, no por eso os asistirá menos eficazmente. En el gran dia del juicio volverá visiblemente del mismo modo que le habeis visto hoy subir á su gloria. En aquel último dia del mundo descenderá desde lo mas alto de los cielos con una pómpa y una gloria semejante á la de su ascension que vosotros habeis visto con vuestros ojos: entonces hará justicia á todos los hombres, y se la hará á sí mismo, y hará sentir igualmente su dulzura á los buenos, y el rigor de la justicia á los malos.

Los discípulos escucharon atentamente y con sumision lo que los ángeles les dijeron. Costábales, á la verdad, mucho trabajo el retirar sus ojos de un lugar en donde estaba el objeto de su amor y su soberano bien. Sin embargo, obedecieron y se retira-



ron á Jerusalem, segun que el Salvador se lo habia ordenado, para esperar allí el don del cielo, y aun la fuente de todos los dones, pasando los dias y las noches en la oracion y en el retiro; teniendo á su cabeza á la santísima Virgen, que habia asistido con todos sus apóstoles á la gloriosa y triunfante ascension de su querido Hijo, y era todo el consuelo de aquella naciente Iglesia. ¡Qué vil y qué despreciable parece ya de hoy mas la tierra á los discípulos! esclama un sabio y piadoso intérprete; ¡qué disgusto debe causar en aquellos que en el triunfo de su buen Maestro han visto brillar algunos rayos de su gloria! Preciso es enviarles ángeles para advertirles que desprendan sus ojos del cielo. ¿A cuantos cristianos cobardes no seria menester echarles en cara otra cosa muy diferente? Siempre encorvados hácia la tierra, no dirigen jamás una sola mirada hácia su patria celestial.

Jesucristo no desapareció en un instante, ni se sustrajo furtivamente de la vista de sus discípulos, que eran en número de ciento y veinte, sino que se elevó por sí mismo poco á poco, por sus propias fuerzas, sin necesidad para ello de auxilios extraños. Quiso que cada uno le viese subir al cielo para hacer incontestable esta maravilla; y así como habian quedado todos plenamente convencidos de la verdad de su resurreccion por sus frecuentes apariciones y por sus conversaciones familiares por espacio de cuarenta dias, quiso tambien que todos fuesen testigos oculares de su gloriosa ascension y del entero cumplimiento de lo que se les habia predicho, y de lo que él les recordaba tantas veces, á saber: que habiendo venido del cielo á la tierra, debia por fin dejar la tierra para volver al cielo. *Yo he salido de mi Padre, les decia, y he venido al mundo; ahora dejo el mundo, y me voy á mi Padre.* Estas pocas palabras, como se ha dicho en otra parte, contienen los principales artículos de nuestra fe, tocantes á la persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna, *yo he salido de mi Padre*: su encarnacion, *he venido al mundo*: su resurreccion triunfante y su gloriosa ascension, *me voy á mi Padre*. En efecto, no habiendo ya nada que retuviese al Salvador en la tierra, penetró en un momento todos los cielos, y fué á sentarse como Hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono en el que comunica á su santa humanidad toda la plenitud de su gloria.

El Padre Eterno, dicen los intérpretes, no ocupa en el cielo un sitio particular, no está sentado en un trono material en el que pueda asignarse derecha ni izquierda, en que haya silla ni escabelo. Si la Escritura en algunas ocasiones se sirve de seme-

jantes modos de hablar, es para acomodarse á nuestro modo de concebir, y al alcance del pueblo acostumbrado á considerar á Dios como un monarca sentado en un trono en medio de una corte numerosa. Sirvèse de estos términos *sentado* y *derecha* para significar y dar á entender el poder soberano de Jesucristo, y su igualdad perfecta con su Padre. *Está sentado á la diestra de Dios* (*Matth. 16.*); esto es, goza de una gloria igual á la de su Padre, y ejerce sobre todas las criaturas un poder absoluto.

Al subir al cielo el Salvador, se dignó dejar las huellas de sus pies impresas en la roca, ó la tierra sobre que se hallaba cuando se elevó al cielo. Estas sagradas huellas siempre se han conservado allí, no obstante que los fieles van allí todos los dias á tomar tierra de aquel sitio para llevarla por devocion á su casa. Esto lo asegura positivamente S. Jerónimo, que vivía en el cuarto siglo, y habitaba en aquellos lugares. S. Sulpicio Severo y S. Paulino de Nola, que vivían el uno y el otro al mismo tiempo que S. Jerónimo, nos aseguran tambien lo mismo, y se pretende que S. Agustin estaba persuadido de la misma maravilla cuando decia que se iba á Judea á adorar las huellas de Jesucristo, que se veían en el lugar desde donde subió al cielo. Adamnán, apellidado Celudio, abad de un monasterio de Irlanda que vivía al fin del siglo VII, y que hizo el viaje de la Tierra Santa cuya descripción ha hecho el venerable Beda, que vivía en el propio siglo, testifican lo mismo. S. Guillebaldo, obispo de Aychstet, que hizo el mismo viaje el año 724, asegura haber visto él mismo estas sagradas huellas; esta maravilla subsiste todavía en nuestros dias segun el testimonio de todos los peregrinos que han hecho el viaje de Tierra Santa; y lo que ensalza aun mas el milagro es, que cuando la ciudad de Jerusalem fué tomada por Tito, el año 70 de Jesucristo, habiendo acampado mucho tiempo el ejército romano en la montaña de los Olivos, ni los movimientos de los soldados, ni los pies de los caballos, ni los trabajos del campo pudieron borrar ni romper estas sagradas huellas, lo cual se ha mirado siempre como un segundo milagro.

Hizo Dios otro brillantísimo con motivo de estas mismas sagradas huellas. Habiendo Sta. Elena, madre del gran Constantino, hecho edificar la célebre basilica de la Ascension sobre la parte del monte de los Olivos, desde donde se sabia que el Salvador habia subido al cielo, ordenó que el pavimento de esta magnífica iglesia fuese muy rico, y sobre todo el paraje en donde subsistian las huellas del Salvador; mas cuando se trató de cu-

brirlo de mármol no se pudo conseguir; todo lo que allí se ponía era arrojado fuera, y rechazado muy lejos por una virtud invisible que parecia salir de la tierra, y no podía sufrir nada sobre ella despues de haber sustentado los sagrados pies del Salvador. Añade S. Jerónimo que cuando quiso acabarse la bóveda de esta magnífica basilica, no fué posible tampoco cerrar el paraje que correspondia perpendicularmente á las huellas del Salvador; de suerte que se vieron obligados á dejar libre y al descubierto el espacio por el cual el divino Salvador se habia elevado de la tierra, y habia sido recibido en la nube, lo cual proporcionaba á la piedad de los fieles que venían allí en tropas de todas partes el contemplar el camino que habia llevado para subir al cielo. El milagro del techo y de la bóveda no concluyó sino con el edificio de esta antigua iglesia cuando fué arruinada por los sarracenos; mas el de la impresion de las sagradas huellas subsiste todavía hoy, y es el objeto de la veneracion y de la devocion de los fieles.

No se duda que la gloriosa ascension de Jesucristo seria acompañada de aquella bienaventurada tropa de predestinados que el divino Salvador habia libertado del limbo en donde esperaban la redencion de Israel tantos santos patriarcas, tantos zelosos profetas, tantas personas amadas de Dios y muertas en su gracia, las cuales seguirian á este divino conquistador, victorioso del infierno y de la muerte, y habiéndose unido á toda la corte celestial que le habia salido al encuentro, servirian como de cortejo á la pompa del mas augusto de todos los triunfos. *Si nosotros queremos celebrar dignamente y con devocion la ascension gloriosa del Salvador*, dice S. Agustin, *subamos con él, sigámosle con el corazon á fin de que en llegando el dia de sus promesas le sigamos con el cuerpo. Vosotros, que sois miembros de Jesucristo*, añade el mismo Padre, *esperad que lo que veis verificado en vuestra cabeza, se cumplirá tambien en vosotros. La ascension de Jesucristo es nuestra propia elevacion*, dice S. Leon, *porque el cuerpo tiene derecho para esperar la misma gloria que ha recibido ya su cabeza. Pero ¿qué motivo mas justo de alegría que el triunfo de Jesucristo en el cielo, puesto que su gloria es en alguna manera la nuestra? Nuestra naturaleza, aunque humilde por sí*, añade este santo Papa, *se halla elevada en Jesucristo sobre toda la milicia celestial, sobre todos los órdenes de los ángeles y de los arcángeles, y mas elevada aun que todas las potestades y las sublimes inteligencias de la celestial Jerusalem; se halla, en fin, colocada en el trono mismo del Padre celestial.*

Admiremos en este glorioso misterio el cumplimiento y la perfeccion de toda la economía de nuestra salud. Los hombres debian ser rescatados por la sangre de un Dios; el Hijo de Dios se ha hecho hombre; ha nacido á fin de tener con que rescatar á los hombres; ha muerto para pagar á precio de su sangre la redencion de los mismos hombres; ha resucitado para probarles que es un Dios el que ha muerto por ellos, y para enseñarles que deben resucitar tambien como él, y que el fruto de su redencion debe ser la gloria eterna de su cuerpo y de su alma; ha subido, en fin, al cielo para gozar allí de la gloria que ha merecido, y para preparar á los elegidos la que merecerán por el fruto de su muerte, y con los auxilios de su gracia.

No solo por vos, Señor, entraís en vuestro reino, tambien por nosotros entraís, esclama un gran siervo de Dios. Vos subís allá como nuestra cabeza, y vais allá, segun la promesa que nos habeis hecho, á preparar á vuestros elegidos los asientos que les están destinados. Vos subís allá como nuestro mediador, y vais á presentar por nosotros á vuestro Padre los frutos de aquella redencion sobreabundante que ha reconciliado al cielo con la tierra. Vos subís allá como nuestra guia, y mostrándonos el término á que debemos aspirar, nos trazais el camino por donde debemos marchar. Jefe adorable de esta Iglesia militante, que habeis formado en la tierra á costa de los trabajos de vuestra vida mortal, nos dais parte en la gloria de la Iglesia triunfante que empezais á reunir en el cielo, y cuya felicidad eterna debeis hacer vos mismo. Nosotros somos miembros vuestros, y donde quiera que está la cabeza deben tambien estar con ella los miembros. Mediador omnipotente, nada podemos sin vos. Si debemos dirigirnos á vos sin cesar, es porque solo por vos podemos llegar á conseguirlo. Vos nos habeis prometido que no nos dejariais huérfanos en la tierra; acordaos que os habeis obligado á pedir á vuestro Padre por nosotros; acordaos que delante de él nos habeis reconocido por hijos vuestros, por vuestro rebaño, por vuestra heredad, por vuestra conquista: conservad esta conquista que tanto os ha costado; cultivad esta heredad que habeis adquirido con vuestra sangre; conducid este rebaño que habeis reunido con tantos cuidados, y no permitais que ninguna oveja de él se estravie del redil: protegéd, en fin, estos hijos que tanto amais todavia.

Algunos autores han creído que la fiesta de la Ascension habia sido la primera de las que se presume haber sido instituidas inmediatamente por los apóstoles, porque propiamente desde este dia fué cuando comenzaron á dar alguna forma á la Iglesia en sus reuniones, y á reglar los actos exteriores de la religion; y

porque siendo la gloriosa ascension del Salvador al cielo la cosa que mas impresion debia hacerles, parece que debia ser la primera que debia presentarse á su idea como un objeto de regocijo y de fiesta. Lo que hay de cierto es que esta fiesta es una de las cuatro mas antiguas de la Iglesia, y S. Agustin no dudaba de manera alguna que procediese de los mismos apóstoles, en razon de que ya en su tiempo, en todos los paises que habian abrazado la fe de Jesucristo, se celebraban generalmente las fiestas de la Pasion, la Pascua, la Ascension y la de Pentecostes. Habiendo subido el divino Salvador al cielo el cuadragésimo dia despues de su resurreccion, no podia menos de ser en jueves puesto que la resurreccion fué en domingo.

El introito de la misa de este dia, que está tomado del principio del libro de los Hechos de los Apóstoles, lo mismo que la Epistola; y el Evangelio que es el final del de S. Marcos, contienen toda la historia del gran misterio de la Ascension, del modo que la hemos referido.

*Galileos, ¿por qué permanecéis como estáticos con los ojos fijos en el cielo? Jesus que de entre vosotros ha subido al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto subir.* No cesemos de bendecir al Señor Dios nuestro por una maravilla tan grande y tan consoladora; acompañemos su triunfo con cánticos de alegría, y convidemos á todas las naciones para que celebren su nombre y publiquen sus victorias.

*Pueblos esparcidos por el universo, palmotead, manifestad con millares de gritos de alegría la parte que tomáis en la gloria de vuestro Dios en el dia de su triunfo.* Por aquí comienza la misa. Acaso no tenemos cosa mejor marcada en la Escritura en el salmo 46 que la ascension gloriosa de Jesucristo. Segun el parecer de muchos intérpretes, este salmo se compuso para la ceremonia de la traslacion del arca, desde Cariathiarim á Jerusalem, ó de la casa de Obededon al tabernáculo, ó del tabernáculo erigido por David al templo edificado por Salomon. Parece empero mas probable que este salmo se hizo para la vuelta del arca á la montaña santa, despues de alguna célebre victoria. Sea lo que quiera lo que diese motivo para componer este cántico, el arca conducida en triunfo á la montaña santa es una figura muy espresiva de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos nos representan perfectamente á los gentiles sometidos á la Iglesia: concluye este salmo por una profecía clara del reino de Jesucristo. Descúbrese visiblemente en todo este salmo que el Espíritu Santo tenia por objeto la ascension del Salvador del mundo. Mirad á este Dios victorioso de todos sus enemigos, miradle como sube en triunfo